

**Soñando con los Dogon. En los orígenes de la etnografía francesa,** Fernando Giobellina Brumana. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid 2005 394 pp.

*Soñando con los Dogon* es algunas cosas más de lo que implica su propio subtítulo, una búsqueda en los orígenes de la etnografía francesa; es como poco una mirada atrás, reflexiva y sobria, a los orígenes del quehacer antropológico en su concepción actual. Para ello, el autor toma como centro gravitatorio la expedición Dakar-Yibuti, que tuvo lugar a comienzos de la década de los 30, y sus figuras centrales: Michel Leiris y Marcel Griaule.

De esta manera y a partir de esta estrecha narrativa, el autor repasa varios puntos clave para entender el pensar antropológico, algunos de sus debates de ayer, de hoy y de siempre, así como muchas de sus ventajas y potencialidades, de sus deberes, sus tareas y sus condiciones de posibilidad. Y lo hace pasando por los puntos de entronque de la cultura Dogón y de las aportaciones generales a partir de la famosa expedición (cultura de la que el autor esboza una válida panorámica, muy bien documentada) con sus propios análisis y temáticas de investigación etnográfica: los cultos religiosos afro-brasileños de pose-

sión, lo cual, como ocurre ya en algún trabajo anterior, aporta a sus reflexiones teóricas y epistemológicas un peso específico extra.

En cuanto a sus intenciones explícitas, el autor consigue presentar una rica panorámica del contexto de surgimiento y desarrollo de la etnografía francesa: la polarización política propia de la II Guerra Mundial, sus anclajes filosóficos de corte nihilista (existencialismo entre otros), y su innegable raigambre durkheimniano-maussiana. Continuando con su particular relación de mutua ignorancia con la escuela británica y un fuerte sentido estético que, en muchos momentos, relacionará la etnografía francesa a las vanguardias artísticas y viceversa.

Además F. Giobellina ofrece un interesante y reflexivo pasaje por la trastienda de la expedición y su producción etnográfica, haciendo especial hincapié en sus dos figuras clave y, de algún modo, arquetipos de etnógrafo «a la francesa»: Griaule, un «Tartarín» de magnífica voluntad objetivamente; y Leiris, un inocente etnógrafo de poética y desorientada subjetividad. Pero en cualquier caso, *Soñando con los Dogon* ofrece bastantes vías de reflexión como para ameritar que su valoración se base en una o varias lecturas por uno mismo.

**José Palacios Ramírez**

***Mito, 50 años después (1955-2005)***, VV.AA., ed. de Fabio Jurado Valencia, Bogotá, Lumen y Universidad Nacional de Colombia, 2005.

Todo mito, como agudamente señala Mircea Eliade, es mucho más que una revelación de los ritos y de las actividades humanas significativas; se trata de una técnica de renovación que nos permite percibir lo eterno. Seguramente fue esta doble acepción de la palabra la que llevó a sus fundadores—el poeta Jorge Gaitán Durán y el ensayista Hernando Valencia Goelkel— a bautizar con este nombre a una revista literaria que en la Colombia embozada y sectárea de los años cincuenta se atrevió a rechazar todos los dogmatismos, todas las intransigencias, todos los prejuicios que ensombrecían la vida nacional y buscó establecer por medio de la cultura un diálogo crítico indirecto que examinara el presente y revisara la tradición del país.

Desde su primera edición en mayo de 1955, la revista *Mito*—que congregó en su entorno a los principales intelectuales colombianos, iberoamericanos y de otras latitudes— dirigió sus ataques contra la falsa retórica, es decir, contra esa palabrería huertera y banal que hasta entonces había caracterizado a la política y a la sociedad colombiana, plagándola

con su estulticia, su intolerancia y su necedad, y con su crítica hizo diana en la enfermedad nacional por excelencia; la impostura y la simulación que tras la fachada de un régimen liberal ocultaba un conservadurismo ultramontano que impedía la circulación de nuevas ideas y servía de soporte al gran edificio de malicia y ruindad que constituía la vida política nacional.

A lo largo de sus cuarenta y dos números y de los siete años que duró su existencia la revista *Mito* introdujo a las letras colombianas en la modernidad al traer al cerrado ámbito nacional voces y pensadores tan significativos y diversos como el marqués de Sade, George Bataille, Saint-John Perse, Dylan Thomas, T.S. Eliot, Paul Valéry, Octavio Paz, Carlos Drummond de Andrade, Luis Cardoza y Aragón, Jorge Luis Borges, Vicente Aleixandre, Luis Cernuda, Alfonso Reyes, Carlos Fuentes, Martin Heidegger, Antonio Gramsci, etc., y se hizo eco de las propuestas estéticas de las vanguardias europeas, del creacionismo de los hispanoamericanos, del ultraísmo de los españoles y de la revolución surrealista como teoría del conocimiento.

De la misma estirpe de *Sur* en Argentina y de *Orígenes* en Cuba, la revista *Mito* constituyó una de las grandes empresas culturales de

Hispanoamérica, y al tiempo que aireó la cultura colombiana permitió destacarse nuevas voces de las letras nacionales que al cabo de pocas décadas llegarían a constituirse en sus principales representantes: Jorge Gaitán Durán, Eduardo Cote Lamus, Fernando Charry Lara, Fernando Arbeláez, Rogelio Echavarría, Héctor Rojas Herazo y Álvaro Mutis en poesía; Gabriel García Márquez, Álvaro Cepeda Samudio, Jorge Zalamea, Pedro Gómez Valderrama en novela y cuento; Hernando Valencia Goelkel, Rafael Gutiérrez Girardot, Hernando Téllez y Jorge Eliécer Ruiz en ensayo.

En este libro que editorial Lumen acaba de publicar con el propósito de conmemorar los 50 años de la fundación de *Mito*, se recogen algunos de los ensayos y artículos más destacados que se publicaron en sus páginas: «Sade contemporáneo» por Gaitán Durán, «Destino de Barba Jacob» por Valencia Goelkel, «Agenda borge-siana» por Hernando Téllez, «*Las peras del olmo*» por Charry Lara, «*El diario de Lecumberri*» por Fernando Arbeláez, «Juan Goytisolo: *Fiestas*» por Eduardo Cote Lamus, «Shelley» por Luis Cernuda, «¿Qué quiere decir un arte americano?» por Marta Traba etc. Esta selección permite tomarse una idea cabal de la importancia cultural que jugó la revista al establecer un diá-

logo con las grandes tendencias filosóficas, literarias y políticas de su tiempo e iniciar un proceso de apertura y de búsqueda intelectual que, aunque menguado, prosigue hoy en día entre los miembros más lúcidos de las nuevas generaciones colombianas, a despecho de la realidad política del país, que continúa siendo tan violenta y aciaga como entonces.

**Samuel Serrano**

**Aporética de la muerte: estudio crítico sobre Alejandra Pizarnik,** Carolina Depetris, Madrid, Universidad Autónoma, 2005.

El presunto suicidio de Alejandra Pizarnik en 1972 divulgó una imagen maldita de la poeta que, sin ser errónea, le hizo un flaco favor a la hondura real de su obra. Carolina Depetris se distancia de los estudios superficialmente biográficos y se encarga de diseccionar con brillantez la enredada trama del pensamiento poético de la escritora argentina.

Para ello parte del axioma general de que la poética de Pizarnik está caracterizada por una extrema tensión entre lo Mismo y lo Otro, configurada por una serie de aporías, o contradicciones lógi-

cas insuperables. Así, de la lectura de sus poemas anteriores a 1968, se deduce un movimiento de ida y vuelta del yo hacia el otro al que se ama y se combate, se desea al mismo tiempo que se teme. Como en el mito de Narciso, los afectos van hacia esa imagen reflejada que soy yo, pero que al mismo tiempo no lo soy. En un efecto rebote interminable, la indagación ontológica sobre la propia identidad se suspende ante un sí mismo que es y no es el otro que es y no es el sí mismo. En el reflejo poético de esta aporía filosófica, Pizarnik se debate entre el deseo y la imposibilidad de decir el silencio (69). Como ella misma resume en un verso memorable: «Y yo no diré mi poema y yo he de decirlo». Se linda así con el problema moderno de la poética de lo innombrable, de la insuficiencia del lenguaje ante la realidad que debe ser nombrada en un grado radical.

En la segunda parte de su estudio (capítulo IV en adelante), nos encontramos a Pizarnik abocada a la búsqueda del Absoluto, lo extremadamente Otro, como una posible solución al dilema trágico a la que se ve conducida por sus aporías. Tratando de tender puentes, de unir los contrarios (temor y deseo, uno y lo mismo, ser y no ser, etc.) que no se podían armonizar en su poesía anterior, los últimos libros de Pizar-

nik manifiestan una tendencia irrefrenable hacia la propia disolución del yo y de la palabra que le da el ser a favor del Otro. En este paso hay una coherencia terrible, ya que «sólo la muerte, que tiene la facultad de otorgar y restar identidad al yo y que, por eso mismo, tiene la capacidad de mostrar al mismo tiempo lo Mismo y lo Otro, aparece de momento como el pase de ingreso a una nueva dimensión de los opuestos que pueda llegar a una fusión única» (104). Sin embargo, este camino, inspirado por lecturas heterogéneas (Weil, Miguel de Molinos, Breton, los surrealistas argentinos y sobre todo Bataille), no conduce sino a la nada y, de nuevo, al silencio. De forma ordenada e implacable, el libro recorre las distintas posibilidades que se le ofrecen a la poeta para anular ese yo incapaz de resolver su tensión con el Otro: la poética del instante, la poética de la risa y la poética del cuerpo. En las tres subyace la idea del vértigo que anestesia la conciencia de sí.

Sin embargo, el problema sigue sin resolverse: ¿cómo ser poeta sin lenguaje, sin el yo que le da forma, si éste se disuelve? La dinámica fatal hacia lo Otro se dirige, en una suerte de trascendencia laica, «no hacia la instancia unitiva de lo divino, sino hacia la resta constitutiva de la muerte» (164), porque ésta es lo absolutamente Otro. Sólo la